

presa Ketchikan Pulp Co. (KPC), una división de Louisiana-Pacific Corp. que emplea a 600 trabajadores. Esta fábrica tiene una operación de alto costo que se mantiene gracias a la producción de madera barata de bosques de Tongass para hacer pulpa desecha, un producto de la celulosa que se utiliza en casi todos los productos. La producción de madera de los bosques de Tongass ha sido de bajo costo porque en 1954 el gobierno de Estados Unidos firmó un contrato con la empresa KPC que garantizaba a ésta los derechos de aserrar por 50 años un vasto territorio de los bosques de Alaska a precios muy bajos. Sin embargo, en 1990 el Congreso trató de revertir esta situación a través de un Acta de Reforma de la Producción de Maderas de Tongass, en la que se forzaba a la empresa a pagar los precios de mercado. Más tarde la KPC demandó al gobierno por desavenencia de contrato y amenazó con cerrar la operación de pulpa si el Congreso no extendía el contrato 15 años más allá de su expiración en 2004 y reinstauraba los precios bajos en la producción de madera.

El dilema que plantea este conflicto es cómo proteger los bosques templados lluviosos de Tongass, pero al mismo tiempo asegurar fuentes de trabajo para los habitantes de Alaska. Obviamente, la producción forestal en zonas alejadas implica altos costos de faenas, lo que las empresas no están dispuestas a afrontar sin un subsidio estatal. Actualmente la discusión en el Congreso en torno a este tema está centrada en torno a si finalizar o no la producción forestal en la zona. Algunos actores del conflicto han planteado que las expectativas están ahora puestas en que los turistas que desean ver esos bosques creen trabajos para quienes solían derribarlos. **(D)**

Simposio sobre «Aproximaciones a la Ética Ambiental»

En el marco de la reunión anual de la Sociedad de Ecología de Estados Unidos, realizada en agosto en Providence, Rhode Island, se llevó a cabo un simposio sobre «Aproximaciones a la Ética Ambiental».

En el Simposio se distinguieron dos acepciones de la ética ambiental. La primera, con un sentido amplio que incluiría a todas las sociedades y sería muy antigua, se refiere al conjunto de actitudes, creencias y valores que forman parte de la cosmovisión de una cultura y definen el lugar que ésta ocupa respecto a su entorno natural. La otra acepción, que posee un sentido más restringido y una historia corta, corresponde a la subdisciplina de la filosofía que emergió en los años setenta. El Simposio se organizó en torno a esta segunda acepción, sobre la que expusieron cuatro filósofos. Durante el Simposio se señaló que pese a que actualmente los argumentos antropocéntricos para preservar la diversidad biológica son priorizados, no existe un fundamento para ello desde la perspectiva de la biología evolutiva. Se planteó que las aproximaciones no antropocéntricas, como la ecología profunda y el ecofeminismo, no han logrado integrar conclusivamente los antecedentes para consolidar la revolución darwiniana de una continuidad evolutiva entre el hombre y las demás especies.

También se hizo mención al libro de Lynn White: «*The Historical Roots of our Ecological Crisis*» (Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica) como punto de partida de la ética ambiental. White señalaba que existe una responsabilidad cultural en la degradación de la naturaleza y criticaba a la tradición occidental por su

mito de la creación que separa a los humanos de la naturaleza; la sustitución del sentido cíclico del tiempo, característico de sociedades menos tecnológicas, en favor de un sentido lineal cuyo fin es el progreso; y la visión antropocéntrica de la religión judeocristiana. A partir de esto, se identificaron en el simposio dos líneas de valoración ambiental, una que atribuye un valor intrínseco sólo a los seres humanos y trata al resto de la naturaleza de modo instrumental; y otra, que otorga un valor intrínseco no sólo a la especie humana y que atribuye, por lo tanto, un valor no instrumental a todos los integrantes de la naturaleza. Se propuso terminar con esta divergencia e intentar una convergencia entre las posturas antropocéntricas y no antropocéntricas, lo que sería posible si se abordaran los problemas ambientales en el marco de gradientes valóricas, más que en posturas dicotómicas.

La asignación de un espacio significativo a la filosofía y ética ambiental al interior de esta reunión de ecología, refleja el entendimiento de que frente a la problemática ambiental es necesario no buscar exclusivamente soluciones técnicas que compatibilicen las prácticas propias del desarrollo con la preservación del medio ambiente. La actual crisis ambiental debe estimular la construcción de un nuevo proyecto social en que se incorporen los valores ecológicos. Esta tarea trasciende a la actividad científica tradicional y requiere de la integración de múltiples actores y disciplinas de la sociedad humana. **(D)**

Fuente: Ricardo Rozzi. Department of Ecology and Evolutionary Biology, University of Connecticut, USA.